

CAPÍTULO X

Hernan Cortés sorprende á Narvaez y le derrota.

Un silencio profundo reinaba en el campamento de Hernan Cortés.

La lluvia había cesado, pero el cielo continuaba cubierto de negros y espesos nubarrones, al través de los cuales brillaba, de vez en cuando, algún fugaz relámpago. Una completa oscuridad envolvía la naturaleza. La luna luchaba para abrirse paso por entre las densas nubes, tratando de enviar un ténue rayo de luz á la tierra; pero quedó vencida por el nubífero cortinaje, que fué cubriendo el cielo como un manto mortuorio.

En medio de aquel silencio, velaba un hombre, entregado á serias meditaciones. Había recorrido el campa-

mento, deteniéndose á contemplar á los soldados que dormian como si se hallasen en un lecho de plumas.

El hombre se retiró á larga distancia, miró el cielo, y pareció contento de verle negro y amenazante.

Aquel hombre que velaba, era Hernan Cortés.

Tenia puesto su pensamiento en Cempoala. Su enemigo se encontraba solo á una legua de distancia. Acaso dormia descuidado, teniendo por imposible que nadie osase atacarle. La oscuridad de la noche, amenazando una nueva tormenta, juzgó que podia favorecerle para dar un asalto á Cempoala.

En los ojos de Cortés brilló la luz de la esperanza.

Habian transcurrido tres horas desde su llegada al sitio en que el ejército reposaba, y creyó que habia llegado el momento oportuno de obrar.

Mientras su gente descansaba, él habia meditado un plan de ataque. Conocia los puntos que ocupaba el enemigo, y sus oficiales y tropa, que los conocian tambien, podian dirigirse á ellos sin tropiezo, como en pleno dia. Hernan Cortés llamó á todos los capitanes y soldados. Al verles reunidos, suplicó que guardasen silencio por un momento, y les dirigió una de aquellas alocuciones con que sabia mover el corazon de la tropa, inspirando en ella el deseo de los peligros y el amor á la gloria. Reseñó con resaltante y seductor colorido los notables acontecimientos que en servicio del rey y de Dios, y en honra imperecedera de ellos, se habian operado desde que salieron de la isla de Cuba hasta el momento en que les hablaba. Pintó las fatigas, las privaciones, las batallas y la osadía de penetrar en Méjico, con una elocuencia arrebatadora, en-

salzando el heróico esfuerzo de su valiente ejército, cuyos notables hechos consignaria la fama á las edades futuras en las imperecederas páginas de la historia. Todo lo habian alcanzado: todo lo habian vencido. Un país bellissimo y rico, abundante en minas de oro, feraz y encantador tenian ganado, para agregarlo á la corona de Castilla, y lo guardaban para el rey. Codiciables tesoros, debidos á la constancia y al valor, tenian en los cuarteles de Méjico, donde les esperaban sus compañeros: francos y leales, habian enviado al monarca un rico presente, renunciando generosamente cada uno á la parte que le tocaba por manifestar su afecto al soberano. Pues bien; un hombre envidioso; un capitan enviado por un ambicioso que habia desobedecido las órdenes de la real Audiencia; un rebelde á esa autoridad suprema, puesta por el rey para ser obedecida, trataba de arrebatarse su gloria, su fama, sus riquezas, el país que habian conquistado, para presentarse él como el único héroe digno de renombre. Nadie tenia derecho mas que ellos, porque lo habian ganado con su sangre en cien combates y con las multiplicadas heridas que aun mostraban frescas sus cuerpos, á la estimacion de la patria, á la gratitud del rey y á la admiracion del mundo. Sin embargo, el orgulloso jefe, enviado por un gobernador rebelde, tenia la osadía de pretender arrebatarse lo que les pertenecia; y lejos de que sus nombres apareciesen en la historia con el brillo del esclarecido patriota, iban á verse manchados con infamante nota, como si fuesen de viles traidores; presentados sus notables servicios, como negros crímenes de miserables rebeldes, y sus familias, vistas como indignas de la sociedad. Pero

Dios estaba allí para defender los fueros de la justicia. Hasta entonces habian combatido por la cruz, por el rey y por salvar sus vidas. Entonces iban á combatir, además, por su honra. Dijo que estaba seguro del triunfo. Su confianza la ponía en Dios, y despues en el esfuerzo de sus soldados (1). La eterna fama y limpio nombre de todos, dependia del éxito de aquel encuentro. Nada importaba la muerte, pues mas valia morir como valientes y buenos en el campo de batalla, que vivir cubiertos de ignominia (2).

La alocucion del general fué acogida con imponderable entusiasmo por el ejército entero. Los soldados, seducidos, como dice Bernal Diaz, por las dulces y expresivas palabras de su general, anhelaban que no se retardase el momento del combate (3). Arrebatados de entusiasmo varios capitanes, entre los cuales se contaban Gonzalo de Sandoval, Juan Velazquez de Leon y Francisco de Lugo, exclamaron que nada deseaban mas que el combate; y que protestaban vencer ó morir á su lado, como leales vasallos del rey, considerándole como el único representante de sus derechos.

(1) «Teniendo confianza en Dios y de vosotros; que todo lo ponía en las manos de Dios primeramente, y despues en las nuestras.»—Bernal Diaz del Castillo.

(2) «En esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás: y mas vale morir por buenos, que vivir afrentados.»—El mismo.

(3) «De que nos vió juntos dijo que nos pedia por merced que callásemos, y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo y plática, tan bien dichas ciertas otras palabras mas sabrosas y llenas de ofertas, que yo aqui no sabré escribir.»—Idem.

Quedó satisfecho Hernan Cortés del ardor bélico que animaba á sus oficiales y soldados, y no dudó de la victoria si tenia el acierto de dirigir bien el golpe. Nada quiso decirles en su alocucion, respecto á los partidarios que dentro del mismo campamento de Narvaez tenia. Quiso que contasen únicamente con sus propios esfuerzos, temiendo que la confianza en el favor de otros les hiciese descuidar su energía y su actividad. Bernal Diaz elogia el silencio de Cortés, diciendo que fué de cuerdo capitan (1).

La lluvia empezó á caer de nuevo al terminar la alocucion, y el caudillo español manifestó su resolucion de atacar en aquella misma noche á Narvaez (2). La oscuridad, en su concepto, les favorecia; pues además de que ocultaba su corto número, permitia acercarse á la ciudad sin ser vistos. La tropa aplaudió la idea; pues aunque se hallaba hambrienta, fatigada y con los vestidos mojados por la lluvia, no por eso se encontraba menos dispuesta para la lucha. Vencer ó morir pronto, era su anhelo.

Hernan Cortés procedió, sin pérdida de tiempo, á la formacion de tres cuerpos, al mando de tres capitanes que debian atacar tres puntos principales, formando él, con el resto de los soldados y demás oficiales, otro cuerpo que debia acudir á donde mas comprometida se hallase la accion.

(1) «Sino que peleásemos como varones; y esto de no decirnos que tenia amigos en el real de Narvaez fué de muy cuerdo capitan, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino, despues de Dios, en nuestros grandes ánimos.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

(2) «Y porque en aquella sazon llovia y era tarde no dijo mas.»—Idem.

A un jóven y valiente capitan apellidado Pizarro, perteneciente á la familia de los Pizarros, que mas tarde conquistaron el Perú, le encomendó la arriesgada empresa de apoderarse de la artillería, que estaba situada delante del alojamiento de Narvaez. Le dió para ello sesenta soldados que puso bajo sus órdenes: todos eran jóvenes y sueltos, y entre ellos se encontraba el bravo Bernal Diaz del Castillo (1). Acompañaba á Pizarro, con cuarenta y seis hombres, Cristóbal de Olid, formando ambas fuerzas, que debían obrar unidas, ciento seis combatientes. A Gonzalo de Sandoval le confió la difícil empresa de acometer á Narvaez en su mismo alojamiento, situado en la alta plataforma del *teocalli* principal, á donde se hallaba con lo mas granado de su gente. Puso á sus órdenes ochenta hombres (2), y le dió un documento, como alguacil mayor que era, para que le prendiese como rebelde al rey; y en caso de resistencia, le matase (3). En esos ochenta hombres iban incluidos los distinguidos capitanes Alonso de Avila, Jorge y Gonzalo de Alvarado, hermanos de Pedro de Alvarado, Juan Nuñez de Mercado y Diego de Ordaz. La

(1) «Era Pizarro suelto mancebo, y le señaló sesenta soldados mancebos, entre ellos me nombraron á mi; y mandó que despues de tomada la artillería, acudiésemos todos á los aposentos de Narvaez.»—Bernal Diaz.

(2) «Di mi mandamiento á Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narvaez... al cual di ochenta hombres.»—Segunda carta de Cortés.

(3) «Y como era alguacil mayor le dió un mandamiento que decia así: Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor desta Nueva España por su majestad, yo os mando que prendais el cuerpo de Pánfilo de Narvaez, é si se os defendiere, mateisle, que así conviene al servicio de Dios y de su majestad, y le prendió á un oidor. Dado en esta real, etc.»—Bernal Diaz del Castillo.

gente que llevaba Pizarro, debía, despues de apoderarse de la artillería, cubrir el asalto de Sandoval al *teocalli*, conteniendo á los enemigos que intentasen impedirlo. A Juan Velazquez de Leon le dió á mandar otro cuerpo de setenta soldados, y Hernan Cortés, con veinte hombres que se reservó, debía acudir á donde las circunstancias del combate lo exigiesen. La señal para conocerse en medio de la lucha y de la oscuridad, era la palabra, repetida dos veces, de «Espíritu Santo,» por ser la noche del dia de Pentecostés.

Dada la distribucion de los cuerpos y las órdenes á los capitanes que iban al frente de ellos, prometió un premio de tres mil pesos al primer soldado que prendiese á Narvaez, dos al segundo y mil al tercero.

Los capitanes encargados de conducir las fuerzas, reunieron los hombres que les correspondian, y esperaron el momento de partir. Los soldados arreglaron sus mortajas de algodón y dispusieron sus armas. Iban á combatir contra cuádruples fuerzas, provistas de cimbras y armaduras, mientras ellos carecian de corazas y de cascos, únicos que podian oponer resistencia al golpe de la espada ó bote de lanza de la caballería. Hubieran cambiado con gusto los soldados, en aquellos momentos, todas las joyas de oro que les habian tocado en el reparto del tesoro por un peto ó casco de hierro (1).

Pero debajo de aquellas viejas y débiles armas defen-

(1) «Tambien quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto ó capacete ó casco ó habera de hierro diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello y todo cuanto habíamos ganado.»—Bernal Diaz.

sivas, destrozadas por las flechas en cien combates, latian corazones esforzados, como acaso no habian latido jamás otros en pechos de hombres. Familiarizados con los peligros y con la muerte; cubiertos sus cuerpos de cicatrizadas heridas; acostumbrados á todo linaje de sufrimientos; al hambre, á la sed, á la intemperie y á la fatiga; diestros en el manejo de las armas, que no las habian soltado de las manos desde que pisaron el país; con una fé ciega en la fortuna y el acierto de su infatigable general; guiados por valerosos capitanes que reunian al consejo el arrojo de los héroes mitológicos, aquellos soldados se sentian crecer á la voz de su caudillo y capaces de acometer hasta lo que pudiera tenerse por imposible.

Entre tanto que Hernan Cortés se habia aproximado á la poblacion ocupada por el enemigo y se preparaba á combatirle, veamos lo que su rival habia hecho en Cempoala. Despreciando á su enemigo y arrullado dulcemente por las lisonjas de algunos aduladores que le rodeaban, esperaba tranquilo que su contrario, encontrándose impotente para resistirle, solicitase al fin perdon y clemencia, apelando á su generosidad. Los dias los habia pasado haciendo alarde de sus fuerzas, disfrutando de los pocos goces que podia proporcionar la poblacion, y proyectando grandes y risueñas empresas que juzgaba de fácil realizacion. Se habia apoderado de todas las telas y oro que Cortés habia dejado en Cempoala al cuidado del cacique de la ciudad, y aun habia hecho que le entregasen las mujeres que á su rival y capitanes les fueron cedidas y que ellos las dejaron en poder de sus padres (1).

(1) Tomó por fuerza al cacique gordo (que así le llamábamos) todas las

Mientras envanecido con su poder se entregaba á lisonjeros proyectos, el cacique de Cempoala vigilaba los pasos de Cortés. Temiendo que le reclamase los objetos que habia dejado en su poder y de los cuales se habia apoderado su rival, se vió precisado á adherirse á Narvaez. Viendo la negligencia de éste y conociendo la actividad de su contrario, vivia inquieto esperando de un momento á otro una sorpresa. No era, pues, la simpatía al nuevo general, sino el miedo á ser castigado por el primero, quien le hacia espiar los pasos de Hernan Cortés. Al saber, por sus vasallos, que el activo general se habia detenido á descansar en el sitio en que fué alcanzado por Juan Velazquez de Leon y el padre Olmedo, corrió á dar parte de lo que pasaba á Narvaez. «¿Por qué estais con este descuido?» le dijo: «¿Pensais que Malinche y la gente que trae se descuidan un instante?» Estad alerta; porque cuando menos lo espereis, caerá sobre vosotros y os exterminará» (1).

Narvaez no se sobresaltó por aquel aviso, pues consideraba sumamente fácil vencer á su rival. Sin embargo, mas por ostentar su fuerza que por temor, mandó sacar toda la artillería, formó el ejército, y poniéndose al frente de la caballería se dirigió á una llanura que se encontraba á un

mantas é ropa labrada é joyas de oro, é tambien le tomó las indias que nos habian dado los caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casas de sus padres é hermanos, porque eran hijas de señores, é para ir á la guerra muy delicadas.»—Bernal Diaz del Castillo.

(1) «¿Qué haceis, que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuando no os catareis será aquí y os matará.»—El mismo.

cuarto de legua de la ciudad. Allí, juzgando un sitio á propósito para destrozar á Cortés y su poca gente, situó sus tropas. La tarde estaba airosa, y pronto cesando el viento, empezó á caer una espesa lluvia que fué aumentando hasta convertirse en terrible aguacero. No habia en aquella llanura ni una casa donde guarecerse. Los soldados, quietos, empapados desde la cabeza á los piés, y desesperados de aguardar en vano á sus contrarios, empezaron á murmurar. Creian que habia sido ridículo aviso el del cacique. Acostumbrados á la molicie desde su llegada á Cempoala, miraban con disgusto las incomodidades y la fatiga.

Los oficiales que rodeaban á Narvaez, no creyendo que Cortés se atreviese jamás á presentarse en campaña, y manifestando hácia el enemigo el mas alto desprecio, aconsejaron á su general que volviesen á Cempoala. Lisonjeando su desmedido amor propio, le dijeron que era afrentoso permanecer en aquel sitio, sufriendo la tormenta, manifestando temor á unos cuantos traidores, que sin duda se habrian ido á esconder en alguna selva, temiendo ser perseguidos. Pero ya que era un deber la vigilancia, bastaba que situase los cañones enfrente de su alojamiento; colocase la tropa en los puntos principales; situase una fuerza de cuarenta soldados de caballería en el camino, por donde se calculaba que pudiese llegar el enemigo, y pusiese algunos vigilantes en la orilla del rio, por donde precisamente tendria que pasar Cortés. Encontrando Narvaez conveniente el consejo, volvió con sus tropas á Cempoala, dejando custodiado el camino por cuarenta jinetes, y enviando á que se situasen á la orilla del rio, dos vigilantes que diesen aviso de cualquiera novedad que ocurriera. Estas noticias

dadas por el desertor, sirvieron de base para las disposiciones dadas por Cortés.

Narvaez ocupaba en Cempoala el *teocalli* principal, á cuya plataforma, donde se hallaba el santuario, se subia por un número considerable de escalones. En este punto tenia una respetable fuerza de arcabuceros y ballesteros y á sus mas adictos capitanes. El cacique de Cempoala, recelando de un momento á otro un ataque, se habia ido al mismo sitio en que se hallaba el general, cuyo alojamiento era el santuario. El capitán Diego Velazquez, sobrino del gobernador, y el capitán Salvatierra, ocupaban, con bastante gente, otros dos teocallis, que se levantaban á corta distancia del principal. La artillería compuesta de diez y ocho piezas de corto calibre, se hallaba situada en el átrio inferior, enfrente del sitio en que estaba Narvaez, defendida por el resto de la caballería.

Estas eran las disposiciones tomadas por el jefe de la expedición enviada contra Cortés, cuando éste se preparaba á dar un asalto á la plaza.

Las tropas estaban dispuestas, teniendo al frente á sus respectivos capitanes. Pero antes de partir, debian cumplir con el deber del soldado católico. Una cruz se levantaba en aquel sitio, que los mismos españoles habian colocado cuando pasaron por allí la primera vez, para dirigirse al interior del país. Hernán Cortés se arrodilló ante el sagrado signo de la redención, y el ejército entero siguió su ejemplo. Todos levantaron una ferviente plegaria al Eterno, pidiendo su amparo y su perdón. El padre Olmedo, colocado al lado de la cruz y elevando los ojos al cielo, les exhortaba á que cumpliesen como soldados de la fé, sin